

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2024, Fernando Lalana
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

Ilustración de la cubierta: Francesc Punsola
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-8343-949-4
Depósito legal: B-268-2024
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

EL SUICIDA IMPROBABLE (1992)

Toda la desazón que me embarga por el camino desaparece de golpe cuando abro la puerta y entro en nuestro portal de la calle Estébanes, 9 duplicado. Al momento, tengo la convicción –la certeza, más bien– de que algo va rematadamente mal.

Una vez más.

Reconozco al instante el olor acre, intensísimo, que me golpea las fosas nasales como una coz. Olor a desastre, a incendio forestal de clase cuatro, que invade todo el hueco de la escalera y desciende hasta el zaguán del edificio.

–Maldita sea –susurro asustado, sacando del bolsillo un pañuelo con el que taparme nariz y boca.

Conforme subo apresuradamente las escaleras, la intensidad de la peste a chamusquina aumenta hasta límites insoportables. Confío en que, pese a todo, no se hayan producido víctimas mortales. No muchas, al menos.

Llego sin aliento a la segunda planta, saco del bolsillo las llaves de casa que, con los nervios, se me caen de las manos; las busco

al tentón por el suelo del rellano; las recupero. Tintinean sinies-
tramente.

Cuando abro la puerta de nuestro piso, el espectáculo resulta
dantesco: una nube de humo pegajoso y blanquecino navega a
media altura por nuestro cuarto de estar, mientras Lorena –el
balcón abierto de par en par– intenta aliviar el ambiente agi-
tando arriba y abajo un ejemplar de la revista *¡Hola!*

–¿Qué ha pasado aquí?

–¡Ah! ¡Fermín, vaya susto! Nada, no pasa nada. Que se me
han quemado los garbanzos. Un pequeño despiste.

–¿Otra vez?

–¿Cómo otra vez? Ni que me ocurriese a diario.

–La semana pasada, por ejemplo.

–¡No! No, no, qué va... Entonces fueron lentejas, no garban-
zos. Hay una diferencia.

–Ya. ¿Has retirado la olla del fuego?

Lorena me mira a través de la bruma tóxica, con los ojos muy
abiertos, enrojecidos como los del conde Drácula.

–¡Huy! Me parece que no. Será por eso que cada vez hay más
humo, aunque he abierto todas las ventanas.

Maldigo de nuevo, para mis adentros; corro a la cocina,
apago el disco y retiro con el codo la olla con los garbanzos que,
en efecto, seguía al fuego, y a estas aturas parece una maqueta a
escala Ho del reactor número 4 de Chernóbil. La humareda me
ahoga. Tomo un paño de cocina, lo empapo bajo el grifo y me lo
coloco sobre la cara.

–¡Huyamos! –le grito a Lorena, entre aspavientos–. ¡Deja
todo abierto y salgamos de aquí o moriremos de inmediato!

–¡Qué dices! ¡Pero si no es nada, Fermín, no exageres! Ventila-
mos bien y hago enseguida otros garbanzos. Dame veinte minutos.

–¡No! ¡Más garbanzos, no, cariño, por Dios! ¡Ni se te ocurra!
¡Vámonos a comer al Tobajas! ¡Invito yo!

–¡Anda! ¡Qué buena idea!

TOBAJAS

Lo de comer en el Tobajas es un eufemismo, una especie de propuesta genérica de comer fuera de casa, en algún sitio cercano. En realidad, el restaurante Tobajas –durante décadas, toda una institución en el Tubo zaragozano– cerró hace ya varios años, al igual que Teófilo, Casa Colás, el Cantábrico y tantos otros. El Tubo ya no es lo que era. Tampoco, lo que será dentro de unos años.

–¿Adónde me vas a llevar? –me pregunta Lorena, coquetueta, cuando alcanzamos la calle apestando como operarios de una plataforma petrolífera.

Lanzo una mirada circular, en busca de inspiración. El Triana sobrevive a cincuenta metros escasos de nuestro portal, pero el camarero es insoportable. Por alguna razón, nos odiamos desde la adolescencia. Descartado.

En Bodegas Almau no dan de comer. Solo gildas y anchoas en salmuera. Descartado.

El Hermógenes es demasiado caro. Bien para un cumpleaños, pero mal para un día cualquiera. Descartado también.

De pronto, se me ilumina la frente con una idea brillantísima.

–Me he enterado de que uno de mis compañeros del bachillerato es dueño de un bar de los de toda la vida. Dan comidas y no está muy lejos de aquí.

–Me parece estupendo, Fermín. Me encanta probar sitios nuevos.

LA COMADREJA PARDA

En poco más de cinco minutos nos plantamos en la plaza de Santa Marta.

–Ahí lo tienes.

Lorena contempla la fachada de La Comadreja Parda y trata de sonreír sin conseguirlo. Una enorme comadreja de madera tallada nos mira sonriente desde lo alto de la cornisa, junto al rótulo de Mirinda. Sostiene en la pata una jarra de cerveza.

–Un poco... cutre, ¿no? Vamos, así a primera vista.

–Eeh... Bueno, bueno, no hay que dejarse vencer por los prejuicios. Vamos a darle una oportunidad. Quizá simplemente dé una mala primera impresión. Espera aquí.

Entro al bar mientras ella permanece fuera.

Uf... No consigo imaginar el grado de corrupción del funcionario de Sanidad capaz de dar licencia de apertura a un establecimiento como este. Cuesta caminar porque te quedas pegado al suelo a cada paso. Los montaditos de guardiacivil, especialidad de la casa, tienen pinta de haberse cuadrado al paso del general Palafox. En una de las mesas, dos hombres corpulentos están comiendo con el sombrero puesto. De pie, al otro lado de la barra, reconozco a Nemesio Fernández. Iba justo detrás de mí en la lista de clase: ... Dámaso, Escartín, Fernández, Fraguas...

Él se me queda mirando y, tras un instante de duda, me señala con el dedo.

–Tú eres Escartín, ¿verdad? Chico, estás igual que entonces. ¿Cómo lo haces?

Estoy a punto de devolverle el piropo, pero no me sale. Nemesio no está igual. No. Ni por asomo mantiene el aspecto de los años del bachillerato. Encorvado y medio calvo, luce sobre el labio superior un bigote recio, recto, negro, espantoso. Me recuerda a mi tío Eusebio, el matarife.

–Hola, Nemesio. ¡Cuánto tiempo! No sabía que tuvieras este bar.

–De toda la vida. Lo fundó mi padre. Cuando tú y yo íbamos al colegio, ya era el negocio familiar.

–Qué cosas. He vivido siempre en el casco viejo y nunca había entrado aquí.

–Sí, lo recuerdo. En la calle de los Estébanes, ¿verdad?

–Ahí sigo.

–¿Con tu padre?

–Mi padre murió.

–También el mío.

–Lo siento.

–Y yo.

Nos quedamos en silencio, sin saber qué más decir.

–Estooo..., ¿te has casado?

–No, aunque... No, todavía no... ¿Y tú?

–Sí. Hace un par de años.

–¿Con esa? –me pregunta, señalando a Lorena al otro lado de la cristalera, con un movimiento de las cejas–. Caray, qué guapa.

Cierto. Lorena es muy muy guapa; aunque no sé cómo Nemesio ha podido apreciarlo a través de la mugre que cubre la luna hasta volverla casi opaca.

–Gracias. Oye, ¿podemos comer en una mesa de las de fuera?

–Entre semana, solo tengo menú del día.

–Perfecto.

–Sentaos donde queráis. Os mando al chico.

«El chico» nos dobla la edad a Nemesio y a mí, se llama Pepe y se parece a Pepe Rubianes. Nos canta el típico menú de dos platos y postre, pan y vino incluidos; elegimos ensalada y macarrones, escalope y albóndigas.

–¿Y de beber?

–Agua –responde Lorena.

–¿Mineral o del grifo?

–Mineral. Y no me traiga vaso, que la beberé directamente de la botella.

Pepe la mira a travésamente.

–Para los macarrones, ¿quiere plato o se los comerá directamente de la perola?

–Muy gracioso.

–Lo digo en serio.

–Plato.

–Allá usted.

GERDA

–¿Postre? –nos pregunta Pepe, media hora más tarde, tras una comida inesperadamente apetitosa–. Tenemos *strudel* de manzana o manzana a secas.

–¿El *strudel* es casero?

–Por supuesto. Los hace Gerda, nuestra cocinera alemana.

–Alemana, ¿eh? ¿Y de dónde ha sacado Nemesio una cocinera alemana?

–¡Huy!, España está de moda en Alemania. Vienen tantos teutones a vivir aquí desde que ingresamos en el Mercado Común que ya no sabemos qué hacer con ellos. Gerda quería trabajar en Benidorm, pero ya no quedaba sitio. Su segunda opción fue Zaragoza.

Lorena y yo nos miramos de reojo.

–Lo cierto es que hemos comido de maravilla. Felicite a Gerda de nuestra parte, Pepe.

–Lo haré ahora mismo, a ver si me gano un beso. ¿*Strudel*, pues?

–*Strudel*, sí.

–Que sean dos.

–¿Tres en total?

–No, hombre. Uno y uno.

–Solo dos, entonces. A ver si se aclaran, que uno no está aquí para perder el tiempo.

CONFESIÓN

Hablando de tiempo, se me está acabando.

Llegan los cafés y aún no le he dicho a Lorena nada de lo mío. Debo armarme de valor y confesar.

Estamos a primeros de octubre, pero hace todavía un calor canicular.

Sudo como un trompetista de jazz.

Vamos allá.

–Oye, por cierto... Verás, cariño. Resulta... Resulta que... Lo del expediente de expulsión... Me temo que va adelante. El rencoroso de Malumbres dice que quiere verme fuera de la universi-

dad lo antes posible. Bueno, también ha dicho que le encantaría asistir a mi fusilamiento desde una butaca de primera fila, pero creo que eso no iba totalmente en serio.

Lorena frunce el ceño.

–Pero que te abran expediente no significa que te vayan a echar.

–Seguramente sí.

Lorena chasquea la lengua, con disgusto.

–Puedo intentar arreglarlo. Malumbres siempre ha sentido debilidad por mí...

–¡Ni hablar! ¿De qué estás hablando?

–De nada en concreto. Pero ya sabes lo machista que es. A lo mejor, si me disculpo en tu nombre y le hago un par de carantoñas...

–¿Carantoñas? ¡Carantoñas! ¿Sabes lo mal que suena eso, cariño?

–Lo que suena mal es que te echen a patadas de tu puesto de profesor por insultar en público a tu catedrático.

–Eh, eh, que no le insulté. Solo le afeé con acritud que no supiera utilizar correctamente el subjuntivo. «Me hubiera gustado», decía el muy estúpido una y otra vez, en su discurso. «Me hubiera gustado». ¡Hay que ser memo! ¡Se dice «Me habría gustado»! ¡«Habría», no «hubiera»! Pero si hasta existe una regla nemotécnica.

–Lo sé: «Si hubiera estudiado, habría aprobado». Me lo has dicho cien veces.

–¡Exacto! Habría aprobado. Habría. ¡Habría!

Sin habérmelo propuesto, me encuentro de pie, elevando los indignados brazos hacia el cielo. He tirado la silla hacia atrás. Varios transeúntes me miran desde la distancia con sorpresa y disgusto.

Lorena entierra la vista en su infusión, avergonzada.

–Se lo podías haber dicho más tarde, en su despacho o donde fuera, y no en el paraninfo, durante la apertura del curso académico, delante del alcalde y del subsecretario de Educación y Ciencia.

–¡Maldito sea el subsecretario! Me han dicho que está dispuesto a declarar contra mí.

–Anda, Fermín, déjame arreglarlo...

–¡Que no! Que no, Lorena, que no, que no hay nada que arreglar, que llevo la razón impresa en el pecho con tinta indeleble. ¡Es «habría», no «hubiera»! Además, ya tengo un plan B.

–Ah, ¿sí?

Carraspeo. Me siento de nuevo. Respiro hondo. Necesito mostrarme firme y convencido. Ha de sonar rotundo.

–Voy a cambiar de oficio.

–¿Eh?

–Voy a hacerme detective privado.

Lorena me mira y parpadea ocho veces.

–¿Estás de broma?

–No, no lo estoy.

–Pero..., pero ¿qué...? Pero..., pero, vamos a ver... ¿Qué... qué sabes tú de eso?

–Pues mucho, sí. Sé mucho, porque he leído docenas..., no, centenares de novelas de intriga de los mejores autores: Dashiell Hammet, Conan Doyle, Agatha Christie, J. K. Chesterton, Raymond Chandler, González Ledesma...

–¡Basta!

–James Ellroy...

–¡Déjate de tonterías! ¿Cómo vas a aprender nada leyendo novelas? ¡Para aprender, hay que estudiar!

—¡Claro! Es que, además, pienso estudiar el cursillo de detective por correspondencia de la academia CEAC. Se puede pagar a plazos y, al final, te envían el diploma oficial.

—¡Por Dios bendito, Fermín! Los detectives de novela son siempre tipos insoportables, taciturnos, desencantados..., solteros.

—No todos son solteros...

—¿Acaso quieres convertirte en uno de ellos? ¡No! Tú no eres así, Fermín. Estás casado, eres un tipo normal; majo, incluso. Tú querías ser profesor universitario, no detective. No dejes que un vulgar expediente de expulsión te prive de perseguir tu sueño. Deja que te ayude.

Las últimas palabras de Lorena son como una revelación. Una inesperada bofetada en la mejilla. La miro a los ojos y parecen otros. Otros ojos, otra ella, otros recuerdos, otro yo, otra vida. Siento que me arrepiento de todo. En especial, de todo lo que no he hecho.

Alzo las manos, pidiendo un tiempo muerto.

—Lo cierto es que no, Lorena.

—No ¿qué?

—No quería ser profesor. Eras tú la que soñabas con ser la mujer de un catedrático. Yo, en realidad, solo soñaba con casarme contigo. Me hice penene¹ solo por ti.

A Lorena le crecen los colmillos.

—Bueno, pues ya está. Lograste casarte con la mujer de tus sueños, que soy yo. Ahora, para que la cosa siga por su camino, debes conservar tu puesto en la Facultad de Letras. Punto final.

—No.

—¿No?

1. Forma coloquial de referirse a los PNN: profesores no numerarios.

–No puede ser.

–O sea, que tú puedes conseguir tu sueño de casarte conmigo, pero yo no puedo lograr el mío de tener un marido profesor, adjunto y, por fin, catedrático. ¡Qué injusto!

–A lo mejor te gusta ser la mujer de un gran detective.

–Permíteme que lo dude.

–Podrías probar.

–No me refiero a mí. Me refiero a ti. No tienes hechuras de gran detective, Fermín. Tú no serías nunca Sherlock Holmes ni Hércules Poirot. Serías un detective de mierda.

AROMAS

Lorena y yo no volvemos a dirigirnos la palabra en las siguientes horas.

Al regresar a casa iniciamos en silencio la limpieza de la cocina y la desodorización profunda del resto de la vivienda. De camino, en el todo a cien de la calle Mayor, hemos comprado unos ambientadores en espray bastante eficaces, de una marca que descubrimos hace unos meses. En concreto, la referencia con aroma a «Metro de Barcelona en hora punta» es sensacional. Ciertamente que, tras vaporizar con él las habitaciones, huele peor que antes, pero la peste a garbanzo socarrado ya no puede identificarse como tal.

Poco después, mientras estoy valorando si para limpiar la olla será suficiente el ácido fluorhídrico o tendré que comprar dinamita en el mercado negro, me parece ver a Virgilio fugazmente a través de la ventana.

* * *

VIRGILIO

Virgilio Cultrecio es nuestro vecino de enfrente. Los ventanucos de nuestras respectivas cocinas se asoman enfrentados al minúsculo patio de luces de la casa, lo que nos permite mantener largas conversaciones de cuando en cuando.

Es un tipo raro, no se puede negar. Jamás pisa la calle porque padece agorafobia en grado atroz, pero ha aprendido a convivir civilizadamente con ella. Varios comercios del barrio le llevan a domicilio los pedidos que realiza por teléfono, básicamente alimentación, productos de higiene y revistas de pasatiempos. Es un verdadero forofo de los crucigramas, los dameros y los jeroglíficos. Hace unas semanas, pidió que le enviaran por correspondencia el crucigrama más grande de España: diez mil casillas y mil quinientas definiciones. Completarlo se ha convertido en el objetivo de su vida a medio plazo. De vez en cuando, me llama para pedirme auxilio.

—¡Fermín! ¡Ayuda! Estoy atascado con una palabra imposible.

—No será para tanto. Dime, a ver.

—«Dosel de una cama», diez letras. Empieza por te. La última es una o.

—Mmm... Prueba con «tornalecho».

Virgilio frunce el ceño y, enseguida, abre la boca de par en par.

—¡Claro que sí! Tor, na, le, cho. ¡Ajá! Así que esta otra es «san-simoniano», y la de más acá, por tanto, «patiestevado». ¡Eres un hacha, Fermín! ¿Cómo sabes tanto?

—He leído mucho, Virgilio. He leído mucho.

* * *

Lo llamo a voces para pedirle disculpas por la humareda garbancera que, seguro, ha tenido que afectar también a su casa. Sin embargo, no me contesta. Y su ventana está cerrada, lo que se me hace raro, porque Virgilio casi siempre la mantiene entornada, precisamente, por si lo llamo en cualquier momento para charlar un rato. Es el agorafóbico más sociable que conozco. Supongo que la cerró antes, para evitar que la humareda letal de Lorena invadiese su vivienda, y ha olvidado volver a abrirla.

Insisto un par de veces sin resultado. Por el contrario, el que se asoma desde abajo es Virino, nuestro vecino del primero.

—Deja de dar voces, Fermín, que estoy intentando ver el tenis. El US Open, nada menos.

—Disculpa. Es que Virgilio no me contesta.

—Se habrá ido al bingo.

—¡Pero si jamás sale de casa!

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Era una broma. ¡Qué poco sentido del humor tienes!

—¿Y no te parece raro?

—Y tanto que sí. Virgilio debe de ser el tío más raro que conozco. Por delante de mi hermano mayor, incluso. El que vive en Farlete.

—Digo si no te parece raro que no me conteste.

—¡Ah! ¡Y yo qué sé! Igual se ha muerto. Hay gente que cae desplomada en el acto, sin aviso previo. En un momento dado estás viendo el tenis y, de repente..., ¡zas! ¡Infarto cerebral! ¡Angina de pecho! ¡Adiós, muy buenas! *Out!* Punto, juego, set y partido para la muerte.

—¡Caray, Virino, no seas cenizo!

—¿No te gustan mis respuestas? Pues no me hagas tus preguntas.

Virino siempre es así; pero Virgilio debe de tener un mal día, sospecho.

Un mal día, digo... Virgilio ha tenido un mal día tras otro desde hace cinco años, cuando empeoró de su enfermedad y eso lo obligó a encerrarse en casa, quizá para siempre.

Decido no alarmarme todavía.

Pasa la tarde. Muy muy despacio. Segundos como minutos; minutos como sermones de arzobispo. Se arrastra el tiempo, de modo lento, angustioso, como un soldado cobarde reptando bajo las alambradas enemigas. Como si quisiera llamar mi atención sobre algo importante.

«No te distraigas, Fermín –me dice la tarde–. ¡Atiende! No dejes que caiga la noche sin haber caído tú en la cuenta. Atiende, Fermíín...».

En la cuenta ¿de qué? ¿Qué es lo que ocurre?

LOS ITALIANOS

Hasta en tres ocasiones diferentes me acerco a la cocina e insisto en llamar a voces a Virgilio, sin resultado. Su ventanuco continúa cerrado. El termómetro sigue enloquecido, por encima de los treinta y tres grados. Qué calor.

Finalmente, a la hora del *Informativo regional*, decido llamarlo por teléfono.

Tras marcar su número, presto atención. Aunque los tabiques de la casa son gruesos, antiguos, de ladrillo macizo, consigo escuchar los timbrazos. Uno, dos, tres, cuatro..., no puede ser..., cinco, seis...

Y entonces, por fin, descuelga.

–¿Sí?

–Virgilio, soy Fermín. Estaba preocupado. ¿Te encuentras bien?

–Sí, sí.

–Bueno. Quería pedirte disculpas por la humareda de este mediodía. A Lorena se le han quemado los garbanzos.

–Ya.

Carraspea.

–Bueno... Pues no era más que eso. Como no contestabas... Eeh..., en fin. Entonces, va todo bien, ¿no?

–Sí.

–Vale. Hasta mañana.

–Adiós.

Cuando cuelgo, Lorena me está mirando.

–¿Qué pasa? –pregunta, rompiendo, por fin, su cabreado silencio.

–No sé. Virgilio está muy raro.

–Vaya cosa. Virgilio es el tipo más raro que conozco.

–Sí, ya lo sé, ya lo sé: Virgilio es el tío más raro que conocemos todos; aun así, estoy preocupado por él.

–Deberías preocuparte por ti.

–Eso ya lo haces tú.

–¿Te apetece un helado de Los Italianos?

Estos cambios de ánimo siempre me desconciertan; supongo que es su manera de proponerme hacer las paces. Lo cierto es que me apetece mucho un helado.

–¿Un helado, a estas horas?

–Están abiertos hasta las diez. Aún son las ocho.

–¿Te acompaño?

–No. ¿Vasito o cucurucho?

– Vasito grande. De *tutti frutti*, por favor.

LINA MORGAN

–¿Nos vamos a dormir? –pregunta mi mujer.

Acabamos de ver un nuevo capítulo de *Hostal Royal Manzanares*. Normalmente, me río mucho con Lina Morgan. Hoy, no.

–Querrás decir si nos vamos a seguir durmiendo, porque te has quedado frita en el sofá a los veinte minutos.

–Cierto –reconoce ella, bostezando–. ¿Y tú?

–Yo no me he dormido, pero apenas me he enterado de nada.

–¿Qué te ocurre? ¿Sigues preocupado por Virgilio?

–Supongo que sí. Hay algo que me desasosiega sin que pueda quitármelo de la cabeza, pero no acierto a saber de qué se trata.

Apagamos la tele y nos dirigimos al dormitorio.

Al entrar, tengo una sensación extraña, que tardo unos segundos en identificar.

–¿Lo has notado?

–¿El qué?

–No hace calor.

Lorena frunce el ceño y se acaricia los brazos.

–Es cierto.

Justo sobre nuestra habitación tenemos el desván de la casa, carente de todo aislamiento, al que la radiación solar convierte durante los meses de verano en una suerte de invernadero que irradia un calorazo atroz, incluso varias horas después de la puesta de sol.

Hoy no es así.

Pese a que hemos padecido treinta y seis grados de temperatura máxima, la sensación dista mucho de resultar agobiante.

–Qué raro...

Normalmente, en verano, Lorena y yo dormimos sobre la cama. Hoy, sin embargo, nos apetece taparnos con la sábana. Y nos resulta mucho más fácil de lo habitual conciliar el sueño.

UNA PESCADILLA

Clarea el día cuando me despierto dando un respingo.

Me lleva un rato comprender qué ha interrumpido mi descanso; concretamente, el tiempo que tarda una segunda gota de agua en caer sobre mi mejilla.

—¿Qué demonios...?

Abro los ojos, miro hacia lo alto y es como una pescadilla. Digo, como una pesadilla.

Una enorme mancha de humedad, en diversos tonos de gris, más oscura por el centro, ocupa todo el techo de la habitación. Resulta aterradora, como un grabado de Goya de tamaño gigante. Es como el cielo en una tarde de tormenta, abigarrado, tétrico, desquiciante. Aquí y allá, la pintura plástica, reblandecida, se ha descolgado en bolsas semiesféricas de las que gotea un agua maloliente que ya ha formado manchas sobre la sábana y charcos sobre el suelo de nuestro cuarto.

Despierto a Lorena. Gruñe, resistiéndose a abrir los ojos. Cuando lo hace, se lleva las manos al pecho, ahoga un grito y, de inmediato, salta de la cama, aterrada por el espectáculo.

—¡Señor! ¿Qué es esto? ¿Ha llovido esta noche?

Dos años atrás, con cada tormenta veraniega entraba agua en el desván a través del tragaluz y de algunas tejas rotas, filtrándose después hasta nuestro dormitorio. Aquello, sin embargo, acabó. Tras dos siniestros que los obligaron a repintarnos techo

y paredes, la comunidad arregló el tejado, selló el tragaluz y se solventó el problema.

–No he oído llover. Y aunque lo hubiera hecho a cántaros, no habría razón para esto.

El desván es comunitario, pero el uso y disfrute pertenece a Virgilio, desde cuyo piso tiene acceso a través de una trampilla situada al final del pasillo.

Me pongo los pantalones y corro a la cocina. El ventanuco de Virgilio sigue cerrado. Grito su nombre varias veces sin obtener respuesta. El corazón me late como el motor de una Bultaco. Los malos presagios se me agolpan en la cabeza y me nublan el entendimiento.

–No, no, no... –susurro una y otra vez sin poder evitarlo y sin tener nada claro a qué me estoy negando.

Salgo al rellano, aún descalzo, aún el torso desnudo, y llamo al timbre con insistencia.

–¡Virgilio! ¡Abre, Virgilio! ¡Que se te ha inundado el desván!

Lorena, en camisón, un chal sobre los hombros, llama mi atención y señala con la mirada hacia arriba.

Tiene razón. Además de la trampilla que lo une con el piso de Virgilio, el desván tiene su propio acceso desde la escalera común: una puerta sólida, antigua, de madera maciza, que nunca se usa y que jamás he visto abierta.

Subo los escalones de tres en tres y, al llegar al descansillo, noto los pies húmedos. El suelo está cubierto por una lámina de agua muy fría.

–Madre mía..., esto es un verdadero desastre...

Incapaz aún de comprender la situación, golpeo la puerta del desván con la mano abierta, mientras sigo voceando el nombre de Virgilio.

Lorena ha llegado junto a mí y me propone que derribe la puerta con el hombro. Obediente, tomo la escasa carrerilla que me permiten las dimensiones del rellano y me lanzo contra ella. La puerta, sólida como una roca de madera, resiste. Mi hombro, no. Algo cruje ahí dentro.

–¡Aaah...! Ay, ay... Me he roto algo, ¿eh? Seguro. Ay, ay, qué daño...

Lorena intenta derribarla dándole una patadita ridícula.

–Es verdad, no hay manera –concluye.

Mientras hago rotar el hombro dolorido, veo que la puerta dispone de una cerraja antediluviana, de esas que se accionan con una llave del tamaño de una bayoneta.

Sin meditarlo lo más mínimo, me aproximo para atisbar el interior del desván a través del ojo de la cerradura.

Y, al hacerlo, se me detiene un momento el corazón.

Me incorporo con la angustia prendida en la mirada.

–¿Qué te ocurre? Parece que hayas visto un espectro.

–Baja y llama a los bomberos –le pido, con la voz velada.

–¿Qué...? ¿Para qué?

–Que vengan con las hachas. Hay que derribar esta puerta.

LOS HÉROES DEL FUEGO

Llegan en apenas cinco minutos desde el cercano cuartel de la calle Pignatelli, haciendo sonar la sirena a toda traca y lanzando destellos cegadores. Todo ocurre como en un telefilme, a ritmo cinematográfico.

Aparcan el Land Rover ante nuestro portal, sin importarles ni medio bledo dejar la calle bloqueada por completo, y suben, hacha en mano, hasta el rellano del desván.

–¿De dónde sale todo este agua? –pregunta el que lleva galones de cabo.

–No lo sé –respondo–. Que yo sepa, ni ha llovido ni hay tuberías en el desván. Ah, y no se dice «este agua», sino «esta agua». «Toda esta agua». Agua es femenino.

El tipo me mira con sorpresa. Replica de inmediato, con aire soberbio, que para eso es bombero.

–De eso, nada, amigo. Agua es masculino. El agua. El. El. Artículo determinado masculino singular. Masculino.

–Eso es para evitar la cacofonía. Se dice «el agua» y «un agua»; pero «las aguas», «esa agua» o «aquella agua».

El cabo arruga la nariz.

–No sé, no sé.... Quizá habría que consultarlo con un experto.

–Yo soy el experto. Profesor de Lengua en la universidad.

–¿Tú? ¿En serio? Nunca lo hubiera dicho.

–¡«Habría»! «Nunca lo habría dicho».

–¿Qué...?

El bombero, claramente desconcertado, opta por dejarme por imposible y se vuelve hacia sus compañeros.

–¡Vamos, chicos! ¡Hay que echar abajo esta puerta! ¡Rápido!

Entre los tres, muy coordinados, la emprenden a hachazos con ella y, en menos de lo que se tarda en contarlos, logran destrozarla lo bastante como para que, con un último patadón, podamos acceder a la escena que permanecía oculta.

LA MUERTE

Creo que solo había visto este desván una vez en mi vida, siendo niño, pero es tal como lo guardaba en mi memoria.

El techo a dos aguas alcanza en su centro una enorme altura: tres y medio, quizá cuatro metros. A la vista, la enorme jácena central, las vigas de roble y los cañizos sobre los que se disponen las tejas, sujetos con grandes pegotes de escayola.

El suelo, situado sobre el techo de nuestro dormitorio, está formado por una tarima de tablones gordos, anchos, bastos, de ese color indefinido y triste que adquiere la madera tras décadas de ausencia de cuidados.

Solo hay un par de detalles que no cuadran con mi recuerdo infantil. Uno de ellos es que el suelo está cubierto por un dedo de agua. La misma que también ha inundado el rellano. La misma que se filtra hacia nuestra casa. Agua que, sin duda, procede de la descongelación de varias grandes barras de hielo, cuyos restos aún pueden verse en el centro del desván.

El otro detalle inesperado es que Virgilio se balancea, colgado por el cuello de una soga atada a la viga principal.

Evidentemente, muerto.

EL JEFE SOUTO

Los bomberos dan aviso inmediato a la policía; los primeros agentes acuden tan raudos que pillan a Virino y a doña Fuen-cisla, su madre, subiendo por la escalera.

—¡No, no, no! ¡Todos fuera de aquí, por favor! ¡Vuelvan a sus domicilios! ¡Esto es el escenario de una muerte violenta! ¡Que nadie salga de casa hasta que les hayamos tomado declaración!

Lorena y yo regresamos a nuestro piso. No cruzamos palabra, pero ella se me abraza, temblorosa.

Veinte angustiosos minutos más tarde, llaman a nuestra puerta. Imagino que se trata del típico madero de uniforme que viene a hacer preguntas y tomar notas en su cuadernito.

Al abrir, sin embargo, me topo de manos a boca con Damián Souto.

–¡Jefe!

Se me queda mirando, con sorna.

–¡Fermín Escartín! ¡Cuánto tiempo, muchacho!

–Si eso es una pregunta, la respuesta es: dos años largos.

En efecto, hace veinticinco meses que no nos veíamos. Exactamente, desde el día de mi boda con Lorena, a la que Damián acudió invitado por parte de ambos.

Era el director del grupo de teatro en el que Lorena y yo nos conocimos, siendo aún adolescentes. Lo llamábamos por su nombre de pila hasta que descubrimos que, fuera del mundo del teatro, trabajaba como policía. Inspector jefe. A partir de entonces, todos empezamos a llamarlo «jefe». El jefe Souto.

Me tiende la mano, mientras me palmea el hombro con la otra. Nada que ver con el abrazo largo y los dos besos que le dedica a Lorena cuando la descubre tras de mí. Era la niña de sus ojos; la eterna protagonista de todas las comedias que llevaba a escena nuestro grupo. Todos los chicos de aquella compañía de aficionados queríamos ligar con Lorena, desde los primeros actores hasta el último tramoyista. Mira por dónde, acabó casándose conmigo, que nunca pasé de secundario con poca gracia.

–El cabo de bomberos me ha dicho que fuiste tú quien descubrió el cadáver. –Señala con el dedo hacia arriba–. ¿Queréis subir?

–Sí, por supuesto –respondo.

–Ni hablar –dice Lorena.

Pese a las reticencias de mi mujer, los dos seguimos los pasos de Damián, camino del desván de Virgilio.

–¿Qué tal os va la vida?

–Nos va bien, jefe.

–No es así –me corrige Lorena, de inmediato–. Nos iba bien hasta ayer mismo, cuando a Fermín le abrieron un expediente por insolentarse en público con Malumbres.

Souto alza las cejas.

–¿Malumbres? ¿El catedrático de Lingüística?

–Ese mismo.

–Su hermano fue compañero mío en la academia de Ávila. Va por delante de mí en el escalafón, así que me aprecia lo bastante como para hacerme un favor, si se lo pido.

–¿Lo ves? –exclama Lorena–. ¿Lo ves, Fermín? ¡Hasta Damián está dispuesto a echarte una mano! Solo tienes que entrar en razón.

–Está dispuesto a ayudarme porque se lo pides tú. Solo por eso.

–¿Y qué más da? El resultado es el mismo: entre los dos podemos sacarte del apuro.

–¡Es que no quiero que me saquéis del apuro, Lorena! ¡No quiero!

–¡No, claro! ¿Sabes qué ocurre, Damián? ¡Que ahora, de repente, el señor ha descubiertto que quiere ser detective privado!

Hemos llegado. Acabamos de cruzar la puerta destrozada a hachazos. Damián da un respingo.

–¿Detective? Pero... ¿cómo que detective? ¿Qué clase de...? ¿Como Philip Marlowe?

–En efecto: como Phillip Marlowe –confirma Lorena–. ¿Quieres hacer el favor de quitarle esa idea disparatada de la cabeza? ¡Por Dios! ¡Por Dios...!

–¡No es ningún disparate! –replico dolido–. Aunque sí hay una diferencia: Marlowe es un detective de novela. Yo voy a ser un detective de verdad.

–Oh.

–¿A ti qué te parece, Damián? ¿A que es una pésima idea?

–Pues... no lo sé, Lorena. Así, a primera vista...

–Convéncelo para que se olvide de semejante desatino.

Souto, obediente, se encara conmigo.

–Tú... ¿realmente crees que sirves para investigador privado, Fermín?

–Estoy seguro de que sí –afirmo, sin la menor seguridad.

Lorena y el jefe Souto intercambian una mirada mediante la que él parece decirle: déjame a mí.

–Tendrás que convencerme, si quieres que te apoye.

–Valoro en mucho tu opinión, jefe, ya lo sabes; pero ya no eres mi director. Esto ya no es el teatro, sino la vida.

Souto lanza una media carcajada.

–En realidad, el teatro es más verdad que la vida. Cuando comienza la función, ya sabes todo lo que va a ocurrir y cómo va a terminar. Podrás interpretarla mejor o peor, pero el final está claro desde el principio. En cambio, lo que llamamos «la vida» no es más que una sucesión incontrolable de acontecimientos azarosos.

–No entiendo ni jota, Damián.

–Pues aquí tenemos un buen ejemplo –dice, señalando a Virgilio, que aún se balancea del extremo de la soga. Debe de haber por alguna parte una corriente de aire que lo empuja de cuando en cuando, ligera y tétricamente.

–¿Por qué no lo han descolgado?

–Tiene que venir el juez de guardia. Por cierto, ¿qué es lo que piensas que ha ocurrido aquí?

–No lo sé, jefe. Me faltan datos.

–No te pido que resuelvas el caso, sino que me des tu opinión. Tu primera sensación. En el trabajo de un detective, gran parte del éxito depende de la intuición. ¿Qué te dice la tuya? ¿Suicidio o asesinato?

Echo un nuevo vistazo lento por el escenario del drama. El cadáver de Virgilio parece mirarme desde las alturas, con sus ojos entrecerrados. A sus pies, los restos del hielo, que, al fundirse, anegaron el suelo y se filtraron hasta nuestro dormitorio.

Desde el primer momento me he percatado de que es el escenario de un problemita de lógica, uno de esos a los que Virgilio era tan aficionado. El del suicida que, en una habitación cerrada por dentro, aparece colgado de una viga situada a una altura a la que de ningún modo pudo llegar. Ninguna escalera de mano, ningún objeto a su alcance sobre el que alzarse para lograr su propósito. Aparentemente, un suicidio imposible de llevar a cabo. Sin embargo, todo buen aficionado a los acertijos conoce la solución al enigma: el suicida creó una plataforma de barras de hielo que le permitió alcanzar la viga maestra y sujetar en ella la horca con la que quitarse la vida. Con el paso del tiempo, el hielo se funde y el agua resultante se evapora sin dejar rastro.

En apariencia, Virgilio, un enfermo mental, un ser solitario que pasaba la vida resolviendo crucigramas, planeó su propia muerte siguiendo los pasos de ese acertijo. ¿Quizá deseaba abandonar este mundo de un modo misterioso, dejando tras de sí un enigma como los que tanto gustaba de resolver? De ser así, estuvo cerca de lograrlo. Sin embargo, calculó mal y utilizó demasiado hielo. No tuvo en cuenta que el agua, tan fría, no tendría tiempo de evaporarse, acabaría filtrándose hasta nuestra habi-

tación, ocasionando un desastre y alertando de su fallecimiento mucho antes de lo planeado, desbaratando su plan y dejando al descubierto la solución al misterio. Pese a lo barroco de la escena, su interpretación es muy sencilla.

Tras sopesar todas estas consideraciones, levanto la mirada hacia mi antiguo director de teatro y abro los brazos.

–Para mí, resulta evidente, Damián: se trata de un asesinato.

El jefe Souto tuerce el gesto. Me mira con disgusto.

–No lo dices en serio.

–Completamente en serio.

–De modo que eliges la opción menos lógica.

–¿Por qué dices eso?

–¡Venga ya! Conoces de sobra el problema del suicida imposible. Es todo un clásico. Y el muerto, por lo que he podido comprobar con un simple vistazo a su casa, era un forofó de las revistas de pasatiempos de toda clase. Su piso está repleto de ellas.

–De modo que tú apuestas por el suicidio.

–La navaja de Ockham, Fermín: ante dos posibilidades, quédate con la más sencilla; en este caso, con la más evidente. Dicho de otro modo: si parece un pato y camina como un pato, lo más probable es que se trate de un pato. Si parece un suicidio, mi primera opción es que sea un suicidio. Todo indica que vuestro vecino pretendió reproducir las condiciones del acertijo, pero la cosa no le salió del todo bien. Aunque, si dejamos de lado la inundación ocasionada, el resto de la puesta en escena resulta perfecta. En efecto, yo apuesto por el suicidio.

–¿Intuición de poli?

–De poli con muchos años de experiencia.

–¿Lo ves, Fermín? –me reprocha Lorena de inmediato–. Si es que no das una. Anda, anda, ríndete y olvida las novelas.

Simulo pensármelo. Tras unos segundos de expectación máxima, me encaro con Souto.

–Te propongo una cosa, jefe: si, finalmente, se trata de un suicidio, como tú piensas, dejaré que me ayudéis a recuperar mi empleo como profesor; pero si yo tengo razón y la muerte de Virgilio resulta ser un homicidio, dejarás de darme la lata y te pondrás de mi parte. ¿Trato hecho?

Damián afila la mirada hasta convertirla en un estilete.

–Otra cosa: si gano yo, dejarás de leer novelas de detectives.

–De acuerdo. Me pasaré al *western*, que es un género caduco e inofensivo.

–Y le pedirás disculpas a Malumbres –añade Lorena.

–¡De eso, nada! Antes, muerto.

Mi mujer me mira con odio, suelta un bufido taurino y nos da la espalda para alejarse unos pasos. Damián la contempla, impertérrito, antes de volverse hacia mí.

–¿Por qué piensas que ha sido un homicidio? Nada hay que lo indique.

–Me has dicho que me fíe de mi intuición, y es justo lo que estoy haciendo: estoy convencido de que Virgilio no se ha suicidado. Nos conocíamos desde hace muchos años y no puedo creer que se quitase la vida. Para mí, no es una opción. Descartado también el accidente doméstico por razones evidentes, solo nos queda el crimen. Ya sabes: eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, ha de ser la verdad.

–Cómo odio a Sherlock Holmes...

–En cierto modo, una variante de la navaja de Ockham. En efecto, casi siempre hay que apostar por lo más sencillo.

–Pero, Fermín, todas las evidencias apuntan en la dirección contraria. Cuando entraron los bomberos, Virgilio estaba solo,

en una casa cerrada por dentro. Y ¿por qué razón iba a encargar un montón de barras de hielo sino para simular la escena del suicida imposible? Simplemente calculó mal.

–Esa es otra razón a mi favor: Virgilio jamás habría pasado por alto que la cantidad de hielo era excesiva. Si hubiera querido reproducir el problema del suicida, lo habría hecho con precisión. Era un tipo inteligente y minucioso.

–¡Venga ya! –exclama Lorena, regresando a la conversación, con su habitual tono despectivo–. ¿Inteligente? Virgilio era un pobre loco. Estaba como una chota. ¡Pero si llevaba cinco años sin pisar la calle, por Dios! Era un tipo frágil que, en cualquier momento, podía venirse abajo y decidir quitarse de en medio. Además...

–¿Qué? –insiste Damián, tras un silencio.

–Era un maldito acosador.

–¿De qué hablas?

–No te enteras de nada, Fermín. Virgilio... estaba obsesionado conmigo.

Damián alza las cejas.

–¿Qué quieres decir, exactamente?

–Pues eso: que me... perseguía.

–Te perseguía... ¿literalmente? –me atrevo a preguntar–. ¿Como el guepardo persigue por la sabana africana a la gacela Thompson?

–¡No te hagas el chistoso! Quiero decir que se ponía muy pesado conmigo. ¡Si hasta me enviaba jeroglíficos!

–¿Egipcios?

–¡No! De esos que salen en los periódicos, en la sección de pasatiempos.

–¿Para qué?

–No sé. Como el que manda flores, supongo.

–No me habías contado nada de eso.

–¡Claro que sí, Fermín! Lo que pasa es que nunca le concediste la menor importancia. Te parecía mucho más importante la incorrecta utilización del subjuntivo por parte de Malumbres.

En eso, Lorena tiene razón. No en lo de Malumbres, sino en que Virgilio, en efecto, estaba enamorado de ella. Yo lo sabía porque él me lo había confesado en varias ocasiones, aunque, en efecto, nunca le concedí demasiada importancia.

–Supongo que era un enamoramiento inevitable. Hay que reconocer que perteneces a esa categoría de mujeres que gustan a la inmensa mayoría de los hombres. Habría sido raro que Virgilio, teniéndote tan cerca, no estuviese enamorado de ti, la única mujer de carne y hueso a la que podía contemplar a diario, aunque fuese a través de un ventanuco. Pero que te regalase jeroglíficos no lo convierte en un acosador.

–¡Vaya! No sabía que fueras tan comprensivo.

–¿Conservas esos jeroglíficos? –le pregunta, de repente, el jefe Souto.

Lorena niega.

–Nunca conseguí resolver ninguno y los tiraba a la basura al cabo de un tiempo. Quizá los dos o tres últimos aún estén en la papelera. ¿Quieres que vaya a buscarlos?

–Si no te importa...

TARTIÁN

Y, mientras Lorena baja a nuestro piso en busca de los jeroglíficos de Virgilio, hace su entrada en el escenario del óbito la comitiva judicial, encabezada por el juez de guardia, don Aqui-

lino Tartián, que saluda con un «buenos días» envuelto en un gruñido.

Tartián es un hombre menudo y rotundamente aguileño: nariz aguileña, rostro aguileño, mirada aguileña..., incluso viste de modo aguileño, en tonos marrones y negros. Se empuja una y otra vez sus gafas de pasta negra hacia el puente de la nariz. Lo acompaña Calveira, el secretario judicial, que hace honor a su apellido y se cubre la calva con un peluquín rubio escalofriante.

Calveira toma notas taquigráficas, a velocidad de halcón peregrino, de las órdenes y los comentarios del juez. Además, lleva colgada del hombro una cámara Pentax, con la que saca fotografías de todo sin parar.

–¿Qué tenemos aquí? –se pregunta el juez–. Ah, ya veo: un suicida. ¡Anda...! Si esto parece el acertijo del suicida imposible, pero mal hecho.

–A primera vista, así es, señorita –dice Damián–. Habría sido perfecto de no ser porque el hielo, al fundirse, produjo tanta agua que inundó la estancia y se filtró hacia el dormitorio del piso inferior, lo que alertó a los vecinos.

–¿Qué vecinos?

–Fermín Escartín y su mujer, Lorena Mendilicuenta. Ellos avisaron a los bomberos.

–Muy bien. Buenos ciudadanos, así me gusta. Calveira, ¿dónde demonios está el forense?

–Venía detrás de nosotros, don Aquilino. Estará aparcando.

–¿Ha pedido el coche para venir hasta aquí? ¡Pero si estamos a diez minutos escasos del juzgado!

–El doctor Cortés dice que la única razón por la que continúa en su puesto de forense a pesar de la birria de sueldo es porque

así dispone de coche oficial con chófer. No va andando ni a tomar el café de media mañana.

—¿Será posible? En fin..., y lo peor es que tiene razón. Esto de las guardias está muy mal pagado. A esperar, entonces.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

No tenemos que esperar demasiado. Cuatro minutos más tarde, hace su entrada en el escenario del crimen el forense Ángel Cortés. Su aspecto no difiere mucho del de la mayoría de sus clientes. Alto, delgadísimo. Los huesos de la calavera se le adivinan bajo la piel. Es como si acabase de levantarse de una mesa de autopsias y viste de blanco, como los fantasmas. Cuando Damián me lo presenta y le estrecho la mano, que siento helada a pesar del calor reinante, es como saludar a un cadáver con sombrero Fedora.

—¿Qué opina, doctor? —le pregunta, de inmediato, el juez Tartián.

Cortés pasea por el escenario del crimen una mirada lenta y minuciosa que termina sobre sus propios zapatos de punta estrecha pisando la película de agua que cubre el piso, lo que lo lleva a chasquear la lengua con disgusto. Los bomberos le proporcionan una escalera de tijera, por la que ascender hasta la altura del muerto, del que toma su mano derecha entre las suyas. Luego, le flexiona la muñeca y el codo. Revisa con atención, ayudándose con una linterna de bolsillo, la zona del cuello lindante con la soga y, finalmente, permanece un buen rato escudriñando los ojos del cadáver.

Cuando desciende, no puede evitar un gesto de aprensión.

—Madre mía, qué chapuza... —masculla, a continuación.

—¿A qué se refiere?

–¿Acaso nadie se ha percatado de que esto intenta parecerse, sin ningún éxito, al acertijo del suicida improbable?

Tartián pone cara de pasmo.

–¿En serio? ¡Atiza! Pues no, nadie se había dado cuenta. ¡Bien visto, doctor!

El forense gruñe como un oso.

–Jamás, hasta hoy, le había considerado un hombre irónico, señoría. ¡Menuda sorpresa!

–En efecto, soy una inagotable fuente de asombro. Entonces, ¿qué? ¿Puedo ordenar ya el levantamiento del cadáver?

–En este caso, sería más propio ordenar el descendimiento del cadáver, ¿no le parece?

–¡Qué buen chiste, doctor! ¿Quién es ahora el bromista?, ¿eh?

–Si Calveira ha terminado con sus habituales fotos del escenario, por mí no hay problema. Que los de la Sangre de Cristo² lo lleven al Bastero Lerga³. Le haré la autopsia después de comer, que tengo un hueco.

El secretario toma nota de las órdenes del forense, quien, con un gesto de despedida general, se dirige a la salida. Sin embargo, Damián sale a su encuentro.

–Disculpe, doctor. ¿Podría decirme qué opina sobre la causa de la muerte?

–Como siempre, inspector jefe Souto, tendrá que esperar a la autopsia para que le dé esa opinión.

–Ya. Pero así, a primera vista..., ¿no podría adelantarme algo?

2. La Hermandad o Cofradía de la Preciosísima Sangre de Cristo es, desde hace más de cuatrocientos años, la tradicional encargada de retirar de la vía pública zaragozana los cadáveres de los desamparados. También realiza este cometido a las órdenes del juez de guardia.

3. Desde 1968, el Instituto Anatómico Forense de Zaragoza pasó a denominarse Bastero Lerga en honor al catedrático Juan Bastero Lerga. Cerrado en 2003, actualmente sus instalaciones albergan una ludoteca infantil.

Cortés se coloca con toda parsimonia un Pall Mall entre los labios y le prende fuego con un encendedor Ronson.

–A primera vista, usted, yo y todos los presentes pensamos lo mismo: que la víctima se ha suicidado colgándose por el cuello. ¿Por qué me pregunta esa obviedad que, empero, de nada sirve? Le aconsejo que espere a la autopsia.

Y se va.

Me acerco a Damián.

–Empero. Ha dicho «empero», ¿verdad?

–Ajá. Y, como ves, nada le ha hecho suponer que se trate de un homicidio.

–Lo que he oído es que hay que esperar a la autopsia.

Es entonces cuando aparece de nuevo Lorena, con los jeroglíficos.

–¿Quién era ese tipo tan alto y vestido de blanco?

–El forense.

–Pues daba un poquito de miedo.

Nos enseña los jeroglíficos, cada uno de ellos dibujado en una cuartilla.

El primero es una gran letra D en cuyo interior hay pegado un retrato de la reina Isabel II de Inglaterra. El segundo es similar: una letra D con la palabra Mississippi escrita con letra cursiva en su interior.

–Este fue el último. Me lo dio hace una semana o así. El de la reina Isabel me lo pasó ocho o diez días antes.

–¿No te daba la solución?

–No, nunca.

Tras contemplarlos con atención por espacio de medio minuto, Damián y yo nos los intercambiamos, en medio de un silencio jeroglífico. Por fin, Damián se decide a hacer un comentario:

–En el mundo de los jeroglíficos, hay una serie de elementos que se repiten con frecuencia. La letra D, por ejemplo, suele significar «se vende».

–¿Por qué? –pregunta Lorena.

–Si, por ejemplo, aparece dibujada una botella de vino dentro de una D, hay que traducirlo por: «Se ve en D una botella de vino»; es decir: «Se vende una botella de vino».

Lorena abre unos ojos como panderetas.

–¡Ah, ya entiendo! Se ve en D... ¡Se vende! ¡Claro! Pero... ¿qué significa «Se vende la reina de Inglaterra»?

–No lo sé. No parece tener mucho sentido, es verdad –reconoce Damián–. Cuando la solución no es evidente, hay que ir un paso más allá. Se vende Isabel II, se vende reina europea, se vende..., no sé, la verdad.

Alzo el índice, como un alumno de primaria.

–Isabel II de Inglaterra pertenece a la familia Windsor. El Windsor es también uno de los edificios con nombre propio de Madrid⁴. La solución al jeroglífico podría ser: «Se vende importante edificio de Madrid».

Lorena y Damián me miran.

–Bueno. Podría tener sentido –admite él–. Pero ¿por qué Virgilio le daría a Lorena un jeroglífico con ese mensaje?

Souto y yo la miramos. Lorena se limita a alzarse de hombros.

–¿Para impresionarme, quizá?

–¿Y el otro? –pregunta Damián–. El del Mississippi. Se vende... ¿qué? ¿Caudaloso río norteamericano?

4. El edificio Windsor, de más de cien metros de altura, quedaría destruido por un incendio en el año 2005.

Me rasco la barbilla.

–Ahora mismo no se me ocurre nada, pero tarde o temprano lo descifraremos, ya lo verás.

Dos bomberos están descolgando a Virgilio para meterlo en una bolsa de plástico con cremallera. Una bolsa muy grande. Lorena aparta la vista, turbada; creo que le cuesta respirar.

–¿Podéis pasar a lo largo de la mañana por comisaría para prestar declaración oficial? –nos pregunta Damián–. Si venís a última hora, después os invito a un vermú.

POLONIA

Una hora más tarde, bomberos y policías han desaparecido y los hermanos de la Sangre de Cristo se han llevado en su furgón blanco el cadáver de Virgilio, dejando por fin la calle libre, pero también un panorama desolador de puertas para adentro.

Hace frío en la casa. Los últimos restos de hielo se están fundiendo en el suelo del desván, y en nuestro dormitorio llueve mansamente un agua sucia, gélida y penosa. Todo está hecho un desastre. Virino, nuestro vecino del primero, hace ya rato que se nos unió. Deambula consternado de aquí para allá, con las manos a los lados de la cabeza y expresión de incredulidad absoluta.

–Pero si hablé ayer mismo con él. No, ayer no: anteayer. ¿Cómo puede estar muerto, con lo gordo que era? ¡Ay, Virgencica, si es que no somos nada! ¿Qué le pasaría por la cabeza para colgarse así, como un salchichón? ¡Qué cruel es la vida! Sobre todo, cuando la pierdes. Y yo echándole la bronca porque ponía muy alta la tele. ¡Cómo me arrepiento! Le tenía que haber dicho que la subiera aún más. Ay, señor, qué remordimientos...

Al fondo del desván descubro la trampilla, amplia, que lo comunica con el piso de Virgilio mediante una sólida escalera de madera, sencilla pero cómoda, con su pasamanos y todo.

Aunque hay algunas advertencias de prohibido el paso con el sello del juzgado, la curiosidad me lleva a descender la escalera para echar un vistazo a la casa de nuestro vecino muerto. Ya la han revisado antes los hombres de Damián Souto, aunque tal vez no han sido muy rigurosos, puesto que todo su interés estaba centrado en encontrar la nota de suicidio con la que dar carpetazo rápido al caso. Naturalmente, no la han hallado. Y no la han hallado porque Virgilio no se ha quitado la vida. Lo sé. No sé por qué lo sé, pero lo sé. Lo sé como sé que Sofía es la capital de Polonia. De Bulgaria, quiero decir. Nunca he estado allí, pero lo sé.

Tampoco he estado nunca en la casa de un muerto.

Bueno, ahora que lo pienso mejor, en realidad sí, porque mi casa era la casa de mi padre hasta que murió, o sea, que sí, Lorena y yo vivimos en la casa de un muerto, pero no es lo mismo porque... En fin, yo ya me entiendo.

El silencio es espeso como el chocolate frío.

Camino con lentitud por las tres habitaciones. A paso de detective. Mis primeras sensaciones son de extrañeza, porque pronto compruebo que se trata de una casa bastante normal. No es la vivienda desordenada y mugrienta hasta la náusea que esperarías de un gordo agorafóbico que lleva cinco años sin pisar la calle. Tampoco el hogar impoluto, meticuloso y ordenadísimo que esperarías del típico agorafóbico gordo que lleva cinco años sin salir de casa.

Compruebo que la puerta del piso está cerrada y que la llave se halla en la cerradura, por dentro. También está cerrado el ventanuco a través del que tantas conversaciones mantuvimos

Virgilio y yo. Lo abro y lo vuelvo a cerrar. Sobre la cocinilla de tres fuegos hay una sartén con restos de aceite y una cuchara grande, de madera. Sobre la encimera, un salero de cocina con la tapa abierta. Y un trozo de pan duro. Los armarios, bien surtidos: pasta, latas de conservas, especias, café... El contenido de la nevera tiene buena pinta. Un bol con restos de calamares encebollados ya un tanto reseco, pero que revivirían fácilmente con un calentón. Tomates, zanahorias, cebollas, pimientos y media col en el cajón de las verduras. Las zanahorias, por cierto, de tamaño desmesurado. Latas de refrescos. Cervezas. Zumos. Una botella de vino blanco muy malo. Sería para cocinar.

La lavadora, atestada de ropa sucia a la espera de iniciar la colada.

No, un momento. No.

El mando principal no está en cero, sino ligeramente a la izquierda, en la posición de fin de ciclo. Abro la puerta y palpo las prendas dentro del tambor. Las noto levemente húmedas y huelen mal, a perro mojado. Deben de llevar allí bastante tiempo, no sé cuánto, quizá más de veinticuatro horas. Fue la última colada de Virgilio y no llegó a tenderla.

¿Pensaba suicidarse y, sin embargo, poco antes puso una lavadora? Qué raro...

¿Puso una lavadora y después tomó la decisión de matarse y por eso ni se molestó en tenderla? Más raro aún.

Nada parece encajar con claridad. Cuánto misterio...

Salgo de la cocina. En el dormitorio, la cama perfectamente hecha, tensa, como la de un buen hotel. Poca ropa en los armarios. Claro, ¿para qué la necesita alguien que nunca sale de casa?

Veo una mesilla antigua, de madera oscura, con hueco para el orinal, pero sin orinal. Afortunadamente.

La habitación restante sí presenta cierto desorden. Algunas decenas de libros y centenares de revistas de pasatiempos, amontonadas, tiradas por los rincones o en columnas altísimas e inestables, apoyadas directamente en el suelo.

Hay un sillón de despacho, con ruedas, al que le desmontó los brazos porque, seguramente, el culo no le cabía entre ellos. ¡Qué gordo estaba! Uno esperaría que, frente al sillón, hubiese una mesa, o quizás un escritorio, pero no es así. Tan solo, contra la pared derecha, una mesita auxiliar, de reducidas dimensiones.

Sobre ella, varias plumas estilográficas baratas, aunque de buena marca. Una Parker, una Cross, una Waterman..., pero sencillas, con plumín de acero. Y un tintero azul real de Pelikan.

Tomo al azar una de las mil revistas de crucigramas. Todos están resueltos utilizando la misma tinta, aunque el ancho del trazo varía según el tamaño de los cuadraditos. Más fino cuanto más pequeños.

Hojeo varias carpetas de anillas que me miran en posición de firmes desde una estantería.

Una de ellas, en especial, me llama la atención. De tamaño folio. De dos anillas. En el lomo figura el rótulo «180 DÍAS».

Está llena de tiques de compra, de extractos de domicilia-ciones bancarias y de recibos de abonos de cajeros automáticos. Todos ellos ordenados escrupulosamente por fecha; arriba, los más recientes, de esta misma semana. El último, el más antiguo, es de hace exactamente seis meses.

Sobre la mesa, una taladradora de dos agujeros con la que perforar los documentos antes de archivarlos. Debajo, una papera en la que terminan los recibos que han superado los ciento ochenta días.

Si no lo estoy interpretando mal, Virgilio guardaba notas de todos sus movimientos económicos, las conservaba durante exactamente seis meses y, pasado ese plazo, las tiraba.

El pasado de Virgilio duraba veintiséis semanas.

Reviso uno por uno los papeles correspondientes a la última quincena. Recibos del quiosco, de la panadería, del Spar de la calle San Jorge...

ALMAU

Un rato después, en torno a las diez de la mañana, bajo a la calle y entro en Bodegas Almau. Cecilia, la madre de la familia propietaria del bar, se me acerca con cara seria.

–Me he enterado de lo de Virgilio. Cuánto lo siento.

–Ya lo imagino, Ceci.

–¿Qué te pongo?

–Nada, gracias. Solo quería preguntarte por el hielo.

–¿Hielo?

–Vosotros todavía compráis hielo en barras, ¿verdad?

La Ceci asiente.

–Sí, todavía tenemos dos neveras antiguas, porque este es un bar chulo y con historia. No como esos garitos modernos que cambian de dueño y de decoración cada año. Aquí, no. Aquí las cosas permanecen. ¿Ves aquella telaraña del rincón? Lleva ahí desde mil novecientos cuarenta y ocho.

–Eso es solera.

–Además, compramos también bolsas de cubitos y hielo en escamas, para las anchoas en salmuera.

–¿Quién os lo vende?

–¿El hielo? Una fábrica de hielo y congelados que se llama Congegeoza. Nunca adivinarás lo que significa. Está en Montemolín, frente al Palacio de Larrinaga.

–¿Va a pasar hoy el repartidor?

–Claro, como todos los días. Debe de estar al caer. Se llama Jacinto.

–Voy a esperarlo. Quiero hablar con él. Ponme, mientras tanto, un café y unos churros, que no he desayunado.

La Ceci da un paso atrás.

–Pero, hombre, Fermín. ¿Acaso no sabes que aquí no damos desayunos?

–¡Atiza! La verdad es que nunca bajo tan temprano. Entonces, ponme lo que quieras.

–¿Una salmuera con cazalla?

–Pero, mujer, que son las diez y cuarto de la mañana.

–Las anchoas sientan bien a cualquier hora, sobre todo las de cazalla. Te pongo dos. ¿Y de beber?

–Agua.

–No me hagas enfadar. ¿Cerveza o vermú?

–Cerveza.

–Eso ya está mejor.

Apenas he dado cuenta de las salmueras con cazalla cuando veo entrar al repartidor de hielo con una enorme barra sobre el hombro.

Es un tipo joven, rubio y muy fornido. Carne de gimnasio. Guapo, pero de mirada huidiza. Dejo que se descargue y lo intercepto cuando se dirige a la salida.

–¿Jacinto? –El muchacho da un respingo–. Hola, disculpa, vivo en la casa de enfrente. Me llamo Fermín. ¿Puedo hacerte un par de preguntas?

El rubio mira a los lados antes de responder.

–¿Sobre qué?

–Uno de mis vecinos ha aparecido muerto esta mañana. Colgado de una sogá por el cuello.

–Vaya, qué cosa tan tremenda. El caso es que llevo prisa, ¿sabe?

–Será solo un minuto y, en todo caso, la policía va a querer interrogarte.

El muchacho palidece.

–¿A mí? ¿Por qué? Yo no he hecho nada, ¿sabe?

–Porque ayer llevaste un montón de hielo a casa del muerto. Palidece más. Gotita de sudor en la frente. La veo.

–Ah. ¿El señor gordo es el que se ha suicidado?

–¿He dicho en algún momento que se ha suicidado?

–Ha dicho colgado de una sogá por el cuello. En fin...

–¿Cuánto hielo le subiste?

–Mucho. Diez barras. Me pidió que las dejase sobre el suelo de la falsa⁵. En el centro. Primero, cuatro. Tres encima de ellas, luego dos y finalmente, una. Diez en total. Diez viajes hasta un tercer piso. Un palizón, ¿sabe?

–¿No te pareció extraño?

–Pues claro. Rarísimo. Pero lo mío es eso: llevar hielo adonde me lo pidan, sin hacer preguntas.

–¿Cuándo te hizo el encargo?

–Eeh..., el día anterior. Me llamó desde el balcón cuando yo salía de este mismo bar, ¿sabe? Me preguntó si podía subirle a su casa diez barras de hielo al día siguiente. O sea, ayer. Que me las pagaría a tocateja al entregarlas.

5. En algunas regiones, como Aragón, forma de denominar al desván.

–¿Lo hizo? ¿Te pagó?

–Pues claro. Y, además, me dio una buena propina, ¿sabe?

–A cambio, le firmarías un recibo, supongo.

El muchacho duda un instante.

–Sí, claro. Siempre lo hago cuando me pagan en mano.

–¿Te comentó qué pensaba hacer con todo ese hielo?

–No. Bueno..., sí: dijo algo sobre un experimento. Que hacía mucho calor en la buhardilla y quería probar a refrescarla. Algo así. No le presté demasiada atención, la verdad. A mí, lo que la gente haga con el hielo, me da igual, ¿sabe?

–Ya.

–Tengo que seguir con el reparto. El hielo no espera. Se derrite, ¿sabe?

–Sí, claro que lo sé. Gracias por la información.

COMISARÍA DE CENTRO

Dos horas más tarde, Lorena y yo estamos entrando en la comisaría de Centro para relatarle a Damián los recuerdos de nuestras últimas veinticuatro horas con todo detalle.

Es un lugar sórdido y angustioso. Ya era la comisaría central de la ciudad en los años más oscuros de la reciente historia de España. Entre sus paredes se vivieron entonces acontecimientos que os harían vomitar.

Una secretaria que se parece a Bette Davis nos indica el camino para llegar al despacho del jefe Souto, en la segunda planta. Nos espera.

Durante cerca de veinte minutos, estrujamos nuestra memoria para relatarle nuestra última jornada casi minuto a minuto,

empezando por la calamitosa circunstancia de los garbanzos socarrados y la comida en La Comadreja Parda, y terminando en mi reciente conversación con el muy atractivo repartidor de hielo. El jefe va tomando notas desganadas en un bloc. El tedio, sin embargo, desaparece de golpe cuando, al final de la declaración, recuerdo mi última conversación telefónica con Virgilio. Se yergue de inmediato tras la mesa.

—¡Un momento! ¿Me estás diciendo... que hablaste con el muerto por teléfono? ¿Cuándo fue eso?

—A las... ocho de la tarde. Lo sé porque iba a empezar el *Informativo regional*. ¿Te acuerdas, Lorena?

—Sí, sí...

—No lo entiendo. ¿Te refieres a las ocho de ayer o de anteayer?

—De ayer, de ayer. Ayer por la tarde.

—Pero, hombre, ese es un detalle importantísimo —murmura—. Significa que entonces seguía vivo. La autopsia aún nos tiene que indicar la hora de la muerte, pero... eso me descoloca. Yo había dado por hecho que Virgilio se colgó por la mañana, inmediatamente después de montar la plataforma de hielo. —Damián me mira, de pronto—. ¿Por qué esperó tanto tiempo? A no ser... Porque estás totalmente seguro de que quien se puso al teléfono... era él. Era Virgilio. ¿No?

Siento un ligero escalofrío. La verdad es que, sin pretenderlo, he estado navegando por esa duda casi desde el momento en que colgué el auricular.

—Lo cierto es que no puedo garantizarlo al cien por cien, jefe —reconozco—. Contestó a mis preguntas con monosílabos. Es difícil reconocer por teléfono un tono de voz cuando todo lo que te dicen es «sí», «no» y «adiós». Di por sentado que se trataba de él. ¿Quién iba a ser, si no? Pero..., claro, existe la remota po-

sibilidad de que no lo fuera. De que, a esa hora, hubiese otra persona en su piso.

–Su asesino.

–Yo ahí lo dejo.

Souto se rasca la mejilla con la contera del lapicero mientras mira de soslayo a Lorena, que se mantiene en silencio.

–Una posibilidad inquietante –concluye el jefe Souto–. Sin embargo, a la espera de lo que diga la autopsia, la hipótesis sigue siendo el suicidio. La casa estaba cerrada por dentro, así que, salvo que tu asesino sea un portentoso ilusionista, no pudo salir. Virgilio se encontraba solo en el momento de su muerte.

–Cualquiera puede actuar como un ilusionista si conoce el truco.

–¿Qué quieres decir con eso?

–No, nada, nada... ¿Seguro que la casa estaba cerrada por dentro? ¿No podía haber quedado cerrada desde fuera?

Damián busca unas fotos en la carpeta que tiene sobre la mesa y selecciona cuatro de ellas.

–Son algunas de las imágenes que tomó Calveira, el secretario judicial. El balcón y el ventanuco de la cocina estaban perfectamente cerrados. El único tragaluz del desván, condenado y atornillado. Ninguna señal de haber sido abierto. Y tanto la cerradura de la puerta del piso como la del desván tenían puesta la llave por dentro. Por supuesto, todos los cristales de la casa permanecían intactos.

¡Zas! ¿Sabéis cuando alguien con la mano muy grande te coge así, por la mandíbula, y te agita la cabeza fuerte y rápido? Sí, hombre, que dices: «¡Ay! ¡Que este tío me va a descoyuntar!».

Pues algo así es lo que siento al contemplar las fotos de Calveira.

Las repaso, incrédulo. Una por una, lentamente. Me detengo, en especial, en la que muestra la puerta del desván, la que los bomberos tuvieron que abrir a hachazo limpio.

Siento caracoles vivos navegando por mi estómago y no quiero que Damián ni Lorena se percaten de mi desazón, así que busco desesperadamente cambiar de tema. Opto por contarle al jefe un detalle que no estaba seguro de querer compartir con él. Al menos, todavía.

—Oye, verás..., esta mañana, después de que todos os fuerais del piso de Virgilio, he decidido echarle un vistazo por mi cuenta.

Souto hace restallar la lengua, con disgusto.

—¡Pero, hombre, Fermín! Ese piso es todavía el escenario de una investigación y no se puede entrar sin permiso del señor juez.

—Ya, ya lo sé, pero era tan fácil atravesar esas ridículas banditas de plástico que colocáis para impedir el paso que no me he podido resistir.

—Está bien. ¿Y qué? ¿Has dado con algo que mis hombres no habían visto?

—Quizá.

—Lo suponía. Suéltalo de una vez.

—Verás: Virgilio era un tipo muy meticuloso, como sabemos. Pedía recibo o factura de cualquier compra que hacía, por mínima que fuera. Y los guardaba todos en un clasificador grande, de dos anillas. Le vi hacerlo en varias ocasiones. De cuando en cuando, me pedía que fuera a sacarle dinero en efectivo de los cajeros automáticos de la Caja de la Inmaculada. Sobre todo, al de la oficina de la calle Don Jaime, que es el más cercano a nuestra casa. Esa donde hay un mural muy grande de la Virgen, hecho con baldosines...

—Al grano, Fermín...

–Me daba su libreta de ahorros y me susurraba al oído su número secreto, porque él no usaba tarjetas bancarias; y, aunque el apunte quedaba reflejado en la propia cartilla, yo tenía siempre que llevarle el justificante de la operación en papel, que guardaba en ese clasificador de anillas, después de hacerle dos agujeritos con una taladradora. Como te digo, lo hacía así con todos sus recibos, que conservaba de este modo durante seis meses, ni un día más ni un día menos. Cumplido el plazo, arrancaba el papel del clasificador y lo arrojaba a la papelerera.

–Y esta mañana, has encontrado ese clasificador y le has echado un vistazo.

–Exacto.

–¿Y? –pregunta Damián tras mi pausa dramática.

–No había recibo alguno del hielo ni de la sogá con la que apareció colgado. Una sogá así no es algo que uno tenga en casa por si acaso, salvo que guardes un barco velero en el trastero. Es cierto, podría haberla comprado hace más de seis meses, aunque se me hace rarísimo que planease su suicidio con tanta antelación; pero el hielo no. El hielo se lo subieron a casa ayer. Y el repartidor me ha asegurado que le entregó un recibo. Ese recibo no está en el clasificador. Tampoco en la papelerera.

Tras un nuevo silencio, es Lorena quien interviene para ofrecer una posible explicación.

–Como ya había tomado la decisión de matarse, quizá consideró que no merecía la pena guardar ninguna factura más.

–Puede ser –admito, con desdén–. Tal vez, en sus últimas horas de vida, Virgilio dejase de ser el tipo obsesivamente meticulouso que siempre fue. Así que tiró ese recibo... ¿dónde? ¿Por la ventana, quizá?

Lorena me mira. Creo que ha captado el tono cáustico.

–Una prueba es algo que existe –me recuerda el jefe Souto–, no algo que no existe. Un recibo es una prueba. La ausencia de un recibo no es nada, Fermín.

–Algunos lo llamarían prueba circunstancial. Y, desde luego, no te estoy presentando una prueba, sino un indicio. Una sospecha. Para que la tengas en cuenta, si te parece oportuno.

–Entiendo. Tomo nota.

A COMER

De inmediato, Damián consulta su reloj y, tras pedirnos que esperemos, llama al doctor Cortés para preguntarle cuándo tendrá los resultados de la autopsia. El forense le responde que estarán cuando estén; que, cuando estén, se los enviará por fax, y que ni le meta prisa ni le dé la lata, que con eso no consigue más que hacerle perder el tiempo.

–En fin, lo de siempre. ¡Qué hombre tan desagradable! –comenta Souto, tras colgar el teléfono–. De todos modos, yo creo que a las cinco tendremos el informe. Cortés, pese a su apellido, no destaca por su amabilidad; pero es eficazísimo en su trabajo. Si queréis ser de los primeros en conocer sus conclusiones, pasaos por aquí hacia esa hora.

–¿Vamos a tomar ese vermú que nos habías prometido? –le pregunta Lorena.

Damián niega, desolado.

–Me encantaría, pero no va a poder ser. Lo siento, la vida no me alcanza para todo. Id vosotros a comer, tomaos un Martini con aceituna a mi salud y nos vemos aquí a las cinco. ¿Os parece?